

Miércoles XVI del TO  
Ciclo B



24 de julio de 2024

Jr 1, 1.4-10

Sal 70

Mt 13, 1-9

P. Eduardo Suanzes, msp

Comenzamos una sección en el Evangelio de Mateo: la sección de las Parábolas de Reino. Es el tercer gran discurso de Jesús en la obra de Mateo. Pero no debemos olvidar de dónde venimos en el relato del evangelista: de la negativa de los dirigentes, su oposición a Jesús, y la falta de determinación del pueblo de Israel por una adhesión firme a Jesús. Estos dos datos hicieron que Jesús “cortase” con Israel (relato de ayer) y dejó a las claras que pertenecen a su nueva familia todos los que cumplen la voluntad de su Padre (sean judíos o paganos) con una adhesión a la nueva Ley que es Jesús mismo.

Mateo ahora (esto es significativo) ordena varias enseñanzas para este discurso de Jesús desde el mar, pero ninguna de ellas tiene relación con el mar en sí. Muy al contrario, las parábolas que narra ahora Jesús se sitúan todas ellas en tierra firme, y tienen como ámbito las labores agrícolas. Son las parábolas del sembrador, de la semilla y la cizaña, la del grano de mostaza... Al situar estas historias tan agrícolas en el ámbito del mar parece como si Mateo quisiera integrar ambos mundos, la tierra y el mar, en uno sólo, pues uno sólo es el ámbito de Dios, un ámbito que abarca a todos los sub-ámbitos. Es como si quisiera integrar a los recalcitrantes de tierra adentro en el aperturismo sin fronteras que el mar simboliza para que rompan sus esquemas cerrados y se abran a la novedad de la expansión universal del amor de Dios, que no conoce fronteras.

En las proximidades de Cafarnaúm, en la orilla del mar de Galilea, hay numerosas calitas semicirculares donde es fácil que alguien desde una barca pueda dirigirse a la gente, que estará en la costa alineada en semicírculo.

Jesús comienza su enseñanza con un relato de la vida cotidiana de Galilea: el sembrador que siembra. Paso a paso va describiendo a este sembrador que esparce su semilla en cuatro tipos de tierra diferentes: el camino duro e impermeable, el terreno pedregoso y sin fondo, el de las zarzas asfixiantes, y el de la tierra buena y productiva que da fruto. Todo claro como el agua.

Ahora bien. Cuatro de los seis versículos de la parábola describen el fracaso de la semilla. Este dato estadístico insinúa la intención del relato. En el plan de Mateo hay que relacionar estos tres fracasos sucesivos con los relatos precedentes, que decíamos al inicio, que insisten en la resistencia encontrada por Jesús en el seno mismo de su pueblo. En efecto, el rasgo común a todos estos fracasos es que son debidos a un elemento destructor (los pájaros, el sol, las espinas) que aniquila una germinación que había comenzado bien. Si nos fijamos, no se acentúan tanto las condiciones del suelo cuanto el aniquilamiento de la joven planta por fuerzas adversas. El hecho era muy normal en la vida agrícola palestinese, pues los campos se mezclaban frecuentemente con zonas no cultivadas. Pero si el sembrador es Jesús, ¿no contradicen radicalmente estos repetidos fracasos su pretensión de estar revestido de autoridad mesiánica? Dicho de otra manera: **¿Pueden armonizarse las dos ideas de autoridad mesiánica y de fracaso?** Al parecer, ésta es la cuestión que se plantea en la parábola; cualquiera que estuviera escuchando a Jesús se preguntaría: «—Si este es el Mesías...por qué habla de fracaso?»

El existo estupendo de la cuarta tierra no tiene por finalidad que olvidemos las pérdidas narradas con anterioridad. En la vida palestinese, un campesino podía contentarse con un resultado

semejante; pero ¿cómo podían aceptar los oyentes de Jesús y, sobre todo, de Mateo la idea de que **habrá una cosecha, pero a costa de pérdidas considerables?**

Pero Jesús finaliza diciendo: «¡Quien tenga oídos, que oiga!» ¿Habría comprendido la muchedumbre el sentido último de la parábola? Porque, aparentemente, es clara: no se necesita ser un «lumberas» para comprender que esas cuatro tierras son fáciles de imaginar.

La conclusión «¡Quien tenga oídos, que oiga!» quiere decir que la parábola tiene algo o mucho de cofre cerrado. Quien esté en sintonía de intimidad conceptual con el Maestro, podrá sospechar o adivinar el contenido. Mas para llegar él a la certeza —y todos a la claridad— será imprescindible la «llave» de una interpretación. El auditorio no puede ser tan estúpido para no entender el sentido. Pero ¿es que la parábola versa sobre las cuatro tierras y el fracaso de la semilla en tres de ellas? ¿Cuál será su significado, pues? Lo que está claro es que el sentido de la parábola no se centra en el sembrador, que es nombrado una vez al principio y después desaparece el relato. Jesús explicará el sentido más tarde.

También otros rabinos (y, antes que ellos, profetas) dejaron a veces, por razones pedagógicas, cortada las segundas partes explicativas de sus relatos de parábola en los puntos suspensivos de un interrogante, como Jesús está haciendo ahora. El lector de San Mateo, que al llegar al capítulo trece ya ha asimilado el hecho de que Jesús tuvo como tema único de su magisterio la proclamación del Reino de los Cielos comprende que esta parábola tiene si significado también en este contexto<sup>1</sup>.

De momento, podemos establecer lo siguiente: el sembrador (palestinense) realiza su trabajo en medio de innumerables dificultades, que frecuentemente le vencen; lo mismo ocurre con el reino de Dios inaugurado por Jesús: no se instaurará sino a través de numerosos o impresionantes fracasos. **Esto es precisamente lo que ni los fariseos ni las turbas podían comprender**<sup>2</sup>. Por tanto, el acento principal no recae sobre la aplastante victoria final a pesar de los fracasos actuales, como si estos fracasos no tuvieran importancia (¡las tres cuartas partes de las semillas se pierden!), ni sobre la exhortación a recibir bien la palabra, es decir, a creer, ni sobre la forma en que uno debe asegurar con su buena voluntad el resultado de la buena nueva, ni sobre la idea de que la eficacia de las parábolas de Jesús depende de las disposiciones de quienes las escuchan, sino sobre el hecho de que Jesús y el reino «debían» ser «ahogados» (los espinos) antes de la victoria del final de los tiempos<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Cfr. ISIDRO GOMÁ. *El Evangelio según San Mateo Vol. 1*. Ed. Facultad de Teología. Barcelona, 1980

<sup>2</sup> La idea del fracaso mesiánico iba en contra de la piedad popular más enraizada.

<sup>3</sup> Cfr. PIERRE BONNARD. *Evangelio según San Mateo*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1975